Nuestra pequeña impuntualidad

El plan para todo no había previsto su encuentro



Laura Bellini

Nuestra pequeña impuntualidad

El plan para todo no había previsto su encuentro

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384905425

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Condiciones imprevistas en el programa 10
Capítulo 2 - La hora que no figuraba en el programa 20
Capítulo 3 - Cuando el plan deja de ser suficiente..... 32
Capítulo 4 - Fuera del horario de apertura 43
Capítulo 5 - El derecho a disponer de mi propio tiempo..... 58
Capítulo 6 - No todo se puede medir 68
Capítulo 7 - Todo como siempre, casi.....81
Capítulo 8 - El lugar donde no soy la jefa..... 95
Capítulo 9 - El riesgo que no se puede incluir en un programa 109
Capítulo 10 - Sin planes para mañana 127
Capítulo 11 - Las cosas que no se apuntan en el calendario..... 144
Capítulo 12 - Una promesa demasiado grande 156
Capítulo 13 - El precio de una oportunidad mayor 170
Capítulo 14 - Lo que no decimos de inmediato 185
Capítulo 15 - Todo aquello que no habíamos acordado 200
Capítulo 16 - La distancia entre nosotros 211
Capítulo 17 - Cada uno por su lado 222
Capítulo 18 - El primer paso sin garantías 232
Capítulo 19 - No todo puede repararse de inmediato..... 246
Capítulo 20 - Nuestra pequeña impuntualidad..... 260

INTRO

A las siete y cuarenta y tres ya llevaba dos cafés, una conversación con un conductor que se había equivocado de entrada y tres garantías de que todo marchaba según lo previsto. La última se la había dado por teléfono al patrocinador del festival, mientras permanecía en medio de un patio de Gdansk, donde el viento que llegaba desde el río Motława hacía volar las hojas del programa. No me molesté en recogerlas. Sabía lo que debía suceder a cada hora, dónde tenía que colocarse el mostrador de cerámica y en qué momento los técnicos debían encender la iluminación de la exposición. Mi plan era claro, estaba organizado hasta el último intervalo de cinco minutos y, hasta aquel momento, era completamente inmune a la realidad.

—Por supuesto que llegaremos a tiempo -dije al teléfono-. Los invitados entrarán puntualmente y la exposición estará lista antes de la inauguración.

Colgué antes de que mi interlocutor pudiera preguntarme si ya había visto llegar el transporte con las obras. No lo había visto. Debería haber llegado antes de las siete, pero el conductor no contestaba y la persona responsable de la descarga aseguraba que faltaba una caja en el albarán. En circunstancias normales, habría sido un problema más que resolver. Sin embargo, aquella mañana cada problema parecía llevar su propio reloj, y todos corrían más que yo.

Durante unos segundos contemplé la pantalla del teléfono, como si pudiera aparecer un mensaje capaz de cambiar la situación. No apareció ninguno. Guardé el dispositivo en el bolsillo y me dirigí hacia la nave donde se inauguraría la exposición de artesanía. Necesitaba ver el

espacio antes de empezar a mover personas y objetos de un lado a otro. Cambiar el orden del programa era sencillo sobre el papel. En la realidad significaba diez llamadas telefónicas más, el orgullo herido de alguien y la inevitable pregunta de por qué había vuelto a prometer algo que no podía garantizar.

No me gustaba aquella pregunta. No porque desconociera la respuesta, sino porque la conocía demasiado bien. Cuando decía «yo me encargo», los demás dejaban de buscar alternativas. Tomaban mis palabras como un compromiso, y yo prefería cargar con demasiado antes que admitir que se me había escapado algún detalle. Durante años había construido mi reputación sobre esa capacidad de salvar acontecimientos en el último momento. Nunca mencionaba cuántas veces ese último momento había comenzado por haber calculado mal mis propias posibilidades.

En la nave todavía reinaba la penumbra. En el suelo había tiras de cinta adhesiva que delimitaban los pasillos de circulación, y junto a la pared se alineaban varias cajas con los nombres de distintos talleres. Una de ellas estaba abierta. En su interior, sobre una capa de espuma gris, descansaba el marco de madera de un reloj. Era precioso, aunque estaba incompleto. Le faltaba la esfera.

Me agaché para comprobar la etiqueta, pero antes de conseguir leer el nombre del taller escuché una voz tranquila a mi espalda.

—Por mucho que la mire, las agujas no van a aparecer por sí solas.

Me volví. Un hombre estaba junto a una mesa colocada debajo de la ventana. Llevaba las mangas de su camisa

oscura remangadas y tenía extendidas sobre la superficie pequeñas herramientas cuyos nombres desconocía. No parecía alguien que hubiera venido simplemente a dejar una pieza de exposición. Trabajaba con una concentración que, en aquel lugar, resultaba casi provocadora. Como si a su alrededor no se estuviera celebrando un festival, como si nadie moviera mesas, comprobara cables o intentara convencer al mundo de que todo estaba preparado.

—Y si la miro durante el tiempo suficiente, quizá alguien termine trayendo la pieza que falta -respondí.

Levantó la vista. No sonrió, pero en sus ojos apareció algo que bien podría haber sido diversión.

—Las piezas no aparecen por el simple hecho de esperar.

—Las personas tampoco. Y, sin embargo, aquí todos las necesitamos.

Durante un segundo me observó como si quisiera averiguar si hablaba en serio. Después dejó las pinzas sobre la mesa y señaló la caja.

—Esta obra no está completa. No debería estar expuesta.

—Lo sé. Estoy comprobando las etiquetas.

—En ese caso, le agradecería que no la moviera.

No toqué la caja, aunque tuve ganas de recordarle que yo era la responsable del espacio, del transporte y de la seguridad de todo el evento. En lugar de hacerlo, me incorporé y dirigí la mirada hacia su mesa. Sobre una pequeña almohadilla descansaba el mecanismo de un reloj, desmontado en piezas tan diminutas que, desde donde yo estaba, parecían migas de metal esparcidas al azar. El hombre desplazó una de ellas apenas una fracción de centímetro. Sus manos eran firmes, pero no rígidas. Se

movían sin prisa, como si la precisión no exigiera librar una batalla contra el tiempo.

—¿Es usted uno de los expositores? -pregunté.

—Sambor Róg. Relojero. Y soy el responsable de esta parte de la exposición.

Me presenté, indicando mi apellido y mi cargo. Recibió la información con un breve gesto de cabeza, sin el entusiasmo cortés que normalmente acompañaba a la palabra «productora». Había algo refrescante en aquello. Y también irritante. No conseguía decidir qué de las dos cosas predominaba.

—Entonces supongo que sabe que tenemos un horario bastante ajustado -dije.

—Sé que un reloj no va a funcionar más rápido porque lo incluyamos en un programa.

Esta vez sonrió apenas. Su voz era más grave de lo que había imaginado y hablaba sin una severidad teatral. No intentaba avergonzarme. Simplemente no estaba dispuesto a fingir que mis plazos podían cambiar las propiedades de las cosas.

—Y yo sé que una exposición no se inaugura sola -repliqué-. Alguien tiene que asegurarse de que las personas y los objetos estén en el lugar adecuado.

—Estoy de acuerdo. Solo que no siempre en ese orden.

Antes de que pudiera contestarle, sonó mi teléfono. Era el conductor. Por fin. Me aparté unos pasos mientras escuchaba sus explicaciones sobre un atasco, unos desvíos y una caja que, según él, se había quedado en el almacén. Le pregunté por el número del envío, la hora de llegada y el nombre de la persona que había confirmado la carga. Las

respuestas no encajaban en nada que pudiera incorporar a mi programa. Cuando terminé la llamada, Sambor seguía junto a la mesa. No había estado escuchando a escondidas, pero tampoco lo necesitaba. Mi expresión debía de haber sido suficiente.

—¿No llegará a tiempo? -preguntó.

—Todavía no lo sé.

—Eso significa que no llegará a tiempo.

—Significa que no tengo confirmación.

—Entiendo la diferencia. No estoy seguro de que su patrocinador también la entienda.

No me gustó que hubiera dado en el clavo. Me gustó todavía menos que lo hubiera dicho sin satisfacción. No había en él el menor triunfo de alguien que espera el error ajeno para demostrar que tenía razón. Más bien transmitía la paciencia de quien ya había visto cómo las prisas podían dañar algo que después no era fácil reparar.

—Me ocuparé de ello -dije.

—No lo dudo.

Aquella breve frase sonó más a observación que a elogio. Sentí ganas de preguntarle qué opinión se había formado de mí después de apenas tres minutos de conversación, pero no lo hice. No necesitaba otro asunto que aclarar ni otra persona ante la que demostrar que era capaz de mantenerlo todo bajo control.

Salí de la nave con el teléfono en la mano y un programa que acababa de perder toda credibilidad. En el patio alguien estaba colocando unos soportes de madera y desde la calle llegaba el sonido de un tranvía. Gdansk despertaba sin importar si mi exposición estaba preparada o no. Introduje

una nueva hora en el programa y después la borré, porque no tenía la certeza de que esta vez no estuviera haciendo una promesa demasiado ambiciosa.

Normalmente conseguía encontrar una solución antes de que nadie advirtiera que existía un problema. Esta vez alguien ya lo había advertido: un hombre que, por lo visto, no tenía ninguna intención de ayudarme a fingir que se podía convencer al tiempo para que colaborara. Y aunque todavía no conocía a Sambor Róg, sabía que no sería fácil incorporarlo a mi plan.

La pregunta era si sería capaz de dejarle entrar en algo que yo misma no sabía cómo planificar.

Capítulo 1 - Condiciones imprevistas en el programa

Cuando regresé a la nave, la conversación con el conductor ya se había convertido en tres llamadas más, dos mensajes de la coordinadora técnica y una pregunta del patrocinador a la que no pensaba responder hasta tener algo más sólido que una simple suposición. Tenía la sensación de que todo el festival había decidido poner a prueba cuántas veces se podía pedir a una misma persona que solucionara un problema antes de que empezara a hablar exclusivamente en listas y puntos numerados. Sin embargo, no tenía tiempo para reflexiones filosóficas. Faltaban apenas unas horas para la inauguración y la exposición, que debía ser el acontecimiento principal del primer día, todavía existía sobre todo en mis documentos.

Sambor seguía trabajando en la mesa. Solo había cambiado de herramienta. Ahora estaba inclinado sobre un pequeño mecanismo, cuyas piezas colocaba sobre una almohadilla clara, separadas por distancias cuidadosamente calculadas. Cuando entré, no levantó la cabeza, pero estaba segura de que había notado mi presencia. Algunas personas sabían prestar atención sin interrumpir lo que estaban haciendo. Era irritante, especialmente cuando una necesitaba que se ocuparan de su problema de inmediato.

—Necesito saber exactamente qué falta en esta parte de la exposición -dije.

Dejó la herramienta y se incorporó.

—¿En este momento? La esfera, dos elementos de fijación y la protección para el transporte. El marco está completo, pero todavía no podemos montarlo.

—Entonces necesitamos tres cosas.

—No. Necesitamos cuatro, si contamos el tiempo que llevará realizar el montaje de forma segura.

—El tiempo no es un objeto que se pueda pedir y recoger en un almacén.

—Precisamente por eso no deberíamos fingir que podemos moverlo a nuestro antojo.

Lo miré con una irritación que ni siquiera intenté disimular. Tenía delante a un hombre capaz de explicar con una tranquilidad desconcertante por qué era imposible hacer algo que, sencillamente, tenía que hacerse. Ni siquiera se trataba de que no tuviera razón. El problema era que, en aquel momento, tener razón no era precisamente una herramienta útil.

—Escucha, Sambor. No voy a pedirte un milagro. Quiero saber qué podemos hacer con lo que tenemos.

—Esa es la primera pregunta sensata que he escuchado hoy.

—En ese caso, no ha sido un día especialmente bueno para usted.

Esta vez sonrió de forma más evidente. Fue una sonrisa breve, como si no quisiera admitir que mi respuesta le había hecho gracia.

—Depende de cómo se cuente. He conseguido reparar dos mecanismos y no estropear un tercero.

—Enhorabuena. Yo he conseguido convencer al patrocinador de que todo está bajo control.

—¿Y lo está?

No respondí inmediatamente. En lugar de hacerlo, extendí sobre la mesa el plano impreso de la nave que llevaba en mi carpeta. Señalé con el dedo la zona central de la exposición. La muestra de relojería debía ocupar el espacio junto a las ventanas, alejada de la principal zona de paso. Había previsto cuatro puestos, una mesa de demostraciones y una pequeña zona donde los visitantes podrían observar de cerca los mecanismos en funcionamiento. Alrededor se colocarían las obras de los demás artesanos: cerámica, marquetería, cuadernos encuadernados a mano y objetos de latón. El conjunto debía contar una historia sobre las cosas que se crean con una paciencia cada vez más escasa en la vida cotidiana.

—El transporte llegará, pero más tarde -dije-. Todavía no conozco la hora exacta. Podemos empezar con los elementos que ya tenemos y añadir las piezas que faltan cuando lleguen.

Sambor examinó el plano.

—No todos los puestos pueden prepararse por separado.

—¿Por qué?

—Porque esta exposición no es una colección de objetos sin relación entre sí. Cada uno muestra una etapa diferente del trabajo. Si colocamos únicamente el marco sin el mecanismo, los visitantes verán un bonito trozo de madera y no entenderán por qué está aquí.

—Podemos poner una explicación.

—También podríamos escribir que la exposición está completa y confiar en que nadie note la diferencia. No me parece una buena idea.

Lo observé con más atención. No levantaba la voz, no intentaba dominar la conversación ni presumir de sus conocimientos. Hablaba como alguien que se sentía responsable de cada objeto que había llegado a aquella nave. Y probablemente lo era. Conocía a expositores que acudían a los eventos, colocaban sus obras y esperaban que el organizador se ocupara de todo lo demás. Sambor parecía de esas personas incapaces de dejar una pieza, por pequeña que fuera, sin comprobar que estaba correctamente protegida.

—De acuerdo -dije-. ¿Qué propones?

Deslizó el plano hacia sí.

—En lugar de cuatro puestos, montamos tres. Mantenemos la mesa de demostraciones, pero no colocamos junto a ella las piezas que necesitan los componentes que faltan. Prepararemos una presentación independiente del mecanismo que ya tengo. Cuando llegue el transporte, decidiremos qué podemos incorporar de forma segura.

—Eso significa cambiar la distribución de toda la exposición.

—Sí.

—Mover otros dos puestos.

—Probablemente.

—Trabajo adicional para el equipo técnico.

—Si necesitamos su ayuda, tendremos que pedírsela.

—Un planteamiento sorprendentemente sencillo.

—No he dicho que vaya a ser fácil.

Respiré hondo. Tenía razón, pero su propuesta significaba que tendría que reconocer ante el equipo que el plan original ya no era válido. No me gustaban aquellos momentos. Para mí, modificar el programa equivalía a un fracaso profesional, aunque en la práctica pudiera salvar el evento. Con demasiada frecuencia confundía la eficacia con cumplir las promesas, en lugar de entenderla como la capacidad de tomar buenas decisiones cuando las circunstancias cambiaban.

—Hay otra cuestión -dije-. El patrocinador espera que a las once presentemos toda la exposición a los representantes de los medios. No puedo limitarme a decir que algunos puestos estarán vacíos.

—Puedes decir que la presentación tendrá un formato diferente.

—No conoces a mi patrocinador.

—Y tú todavía no conoces todos mis relojes.

Lo miré. Esta vez no supe si pretendía hacer una broma o simplemente estaba afirmando un hecho. Tenía algo inquietantemente tranquilo. No era desagradable, pero tampoco estaba dispuesto a facilitarme las cosas asintiendo a todo. Por otro lado, cuando examinaba el plano lo hacía con tanta atención que parecía realmente interesado en encontrar una solución, no simplemente en demostrar que su postura era la correcta.

—De acuerdo. Un formato diferente -acepté-. Pero necesito que me ayudes a hablar con los demás expositores. Si les pido que cambien la ubicación de sus puestos, querrán saber por qué.

—Les diré lo que ha pasado.

—¿Sin recalcar que ha sido culpa mía?

—Si preguntan por qué no ha llegado el transporte, les explicaré que el transporte no ha llegado.

—¿Y si preguntan quién es el responsable de la organización?

—Entonces diré la verdad.

La respuesta no me gustó, aunque no conseguía encontrar nada incorrecto en ella. Estaba acostumbrada a que, en situaciones parecidas, la gente buscara inmediatamente a alguien a quien culpar. Sambor no buscaba culpables. Simplemente no quería participar en la creación de una versión de los acontecimientos más cómoda que la realidad.

Salimos al pasillo, donde nos encontramos con Ola, la coordinadora técnica. Llevaba una cinta métrica colgada del hombro y una tableta en la mano. Se detuvo al vernos juntos.

—Marlena, dime que no vamos a mover todas las mesas otra vez.

—No vamos a mover todas las mesas -respondí.

—Menos mal.

—Solo dos.

Ola cerró los ojos.

—Sabía que no debería haber preguntado.

Le expliqué la situación y le presenté la propuesta de Sambor. Nos escuchó, hizo algunas preguntas sobre las conexiones eléctricas y la distancia entre los puestos y después empezó a comprobar la disponibilidad del personal. Cuando terminó, señaló al relojero.

—Si tengo que mover esas mesas, necesito las medidas de los expositores. No voy a hacerlo a ojo.

—Las prepararé.

—¿Hoy?

—Dentro de veinte minutos.

Ola lo miró con aprobación.

—¿Lo ves? Así da gusto trabajar contigo. Directo al grano.

No estaba segura de si era un elogio para él o una indirecta para mí, pero no pensaba detenerme a analizarlo. Cogí la tableta, comprobé la disponibilidad de los técnicos y repartí las tareas. Sambor se fue a preparar las medidas y yo empecé a llamar a los expositores.

La primera conversación fue difícil. La segunda, todavía más. La tercera terminó con la promesa de que la persona en cuestión se lo pensaría y me avisaría. En la cuarta escuché que, si los organizadores no eran capaces de controlar el transporte, quizá tampoco deberían organizar festivales. No respondí. Anoté el nombre, agradecí el comentario y terminé la llamada.

Cuando guardé el teléfono, Sambor estaba a mi lado con una hoja llena de medidas.

—¿Todo bien? -preguntó.

—Depende de si consideramos normal una situación en la que la gente me recuerda que soy responsable de cosas sobre las que no tengo ningún control.

—Tienes influencia sobre lo que harás ahora.

—Esa frase parece sacada de una taza de motivación.

—Yo no compraría una taza así.

—Yo tampoco.

Durante unos instantes permanecimos uno junto al otro, contemplando la nave. Los trabajadores movían cajas, alguien desenrollaba un alargador y desde el otro extremo del edificio llegó el ruido de un soporte metálico al caer al suelo. Sambor giró la cabeza hacia allí, pero no se movió inmediatamente. Primero se aseguró de que la persona responsable del puesto hubiera levantado el soporte y no se hubiera hecho daño. Solo entonces volvió a mirarme.

—No tienes que hacerlo todo tú sola -dijo.

No sonó a consuelo. Más bien parecía una afirmación que había hecho después de observar algo concreto.

—Lo sé.

—No lo parece.

—¿Siempre les dice a las personas lo que deberían hacer?

—Solo cuando veo que intentan realizar el trabajo de tres personas.

—Quizá simplemente no me gusta esperar a que alguien más se dé cuenta de que hay algo que hacer.

—Eso no es lo mismo que no saber delegar.

Apreté los dedos alrededor de la tableta. No quería mantener con él una conversación sobre mis métodos de trabajo. No me conocía, no conocía a mi equipo ni todas las responsabilidades que me habían llevado hasta allí. Y, sin embargo, su comentario había acertado en un punto que prefería no tocar.

—Prepare esas medidas, por favor -dije-. Yo me ocuparé del resto.

—Precisamente a eso me refiero.

Se dio la vuelta y se marchó antes de que pudiera encontrar una respuesta. Lo seguí con la mirada durante unos segundos y después volví al trabajo. No pensaba permitir que un desconocido con una mesa de relojería y un sentido de la responsabilidad extraordinariamente desarrollado juzgara mis decisiones profesionales.

Aun así, cuando veinte minutos más tarde recibí de él un dibujo exacto de la nueva distribución de los puestos, observé que incluso había previsto un espacio adicional para la persona encargada de las demostraciones. No tenía por qué hacerlo. Le habría bastado con proporcionarme las medidas.

A las once, la exposición todavía no estaba completa, pero su nueva distribución funcionaba. Los representantes de los medios visitaron la primera parte de la muestra y Sambor habló sobre el mecanismo de un reloj cuya construcción le había llevado varios meses. Yo lo escuchaba desde un lado. No utilizaba palabras grandilocuentes. Tampoco intentaba deslumbrar al público con detalles técnicos que la mayoría no habría comprendido sin una explicación previa. Hablaba de precisión, de paciencia y de que, a veces, es necesario desmontar ciertas cosas para entender por qué han dejado de funcionar.

La gente lo escuchaba. Incluso el patrocinador, que antes había exigido una confirmación de que la exposición estaba completa, empezó a hacer preguntas en lugar de presentar quejas. Me di cuenta de que llevaba más tiempo mirando a Sambor del que exigía una simple observación profesional.

Cuando terminó la demostración, se acercó a mí con una taza vacía.

—Hemos sobrevivido -dijo.

—El día acaba de empezar.

—Lo sé. No he dicho que hayamos ganado.

—¿Siempre es tan prudente a la hora de hablar de los éxitos?

—Prefiero no prometer cosas que todavía no he hecho.

Recibí aquella frase con un ligero pinchazo de incomodidad. Había algo en ella que no quería analizar delante de otras personas.

—En ese caso, no haga ninguna declaración -respondí-. Todavía nos quedan unas cuantas horas de trabajo.

—No pensaba hacerlo.

—Bien.

—Pero sí puedo decir que improvisa bastante bien cuando deja de intentar fingir que todo marcha según el plan.

Levantó la taza como si brindara y se alejó en dirección a su puesto. Me quedé con aquella frase, que era al mismo tiempo un cumplido y una observación incómodamente acertada.

Por primera vez aquel día pensé que quizá el problema no era únicamente el transporte que faltaba.

Capítulo 2 - La hora que no figuraba en el programa

Por la tarde, el festival empezó a parecerse al evento que llevaba varios meses prometiendo a todo el mundo. Los primeros visitantes aparecieron en el patio, la nave se llenó de conversaciones y el aroma del café recién hecho se mezcló con el olor de la madera y la cera que utilizaban los artesanos. La exposición de relojería todavía esperaba los componentes que faltaban, pero los demás puestos ya funcionaban sin mayores problemas. Por fin podía recorrer el espacio sin tener que responder a cada pregunta antes incluso de que alguien llegara a formularla.

Eso no significaba que estuviera libre. Mi teléfono seguía recibiendo mensajes y en la lista de tareas quedaban tantas cosas pendientes que podría haber organizado con ellas un programa independiente para todo el festival. Aun así, decidí reservar diez minutos para comprobar el estado del transporte. El conductor me informó de que la caja había sido localizada y que debería llegar a Gdansk a última hora de la tarde. No me dio una hora concreta, pero esta vez al menos tenía un número de envío y una confirmación del almacén.

Llamé a Sambor, aunque no estaba segura de que fuera a contestar. Lo hizo al tercer tono.

—Dime.

—Tengo novedades sobre el transporte. Han encontrado la caja. Debería llegar hoy.

—Bien.

Esperé alguna reacción más. No llegó.

—¿Eso es todo? -pregunté.

—¿Qué más esperas?

—Quizá un poco de entusiasmo.

—No conozco la hora de entrega.

—Precisamente por eso digo que debería llegar.

—Y precisamente por eso no lo celebro.

Puse los ojos en blanco, aunque él no podía verme.

—Necesito que esta tarde compruebes qué más se puede montar.

—¿A qué hora?

—En cuanto llegue el transporte.

—Eso no es una hora.

—Sambor, de verdad, ahora mismo no tengo tiempo para fijar los minutos.

—En ese caso, no fijemos minutos. Establezcamos una condición. Llámame cuando tengas confirmación de que la caja está en el recinto del festival. Entonces iré y comprobaré el contenido.

—¿No puedes quedarte en las instalaciones del festival?

—Tengo mi propio taller y encargos que no puedo seguir aplazando indefinidamente.

Aquello me recordó que no era uno de mis empleados. Era un expositor, el responsable de su parte de la muestra y un hombre con una vida fuera de mi programa. Durante las últimas horas había conseguido olvidarlo.

—De acuerdo -dije-. Te llamaré.

—Gracias.

Colgó sin añadir nada más. Guardé el teléfono y me dirigí hacia la salida. Todavía tenía una reunión con una representante de los medios locales y después debía hablar con el patrocinador. Durante ambos encuentros intenté comportarme como si el día estuviera desarrollándose exactamente según lo previsto. No mentí directamente, pero tampoco conté todo lo que aún necesitaba resolverse. Conocía la diferencia entre informar y provocar una preocupación innecesaria. El problema era que, en ocasiones, desplazaba ese límite un poco más de la cuenta.

Alrededor de las cuatro recibí un mensaje del conductor. El transporte ya estaba en Gdansk, pero el vehículo se había quedado atascado mientras descargaban otro pedido. No sabía decir si tardaría quince minutos o una hora. Le respondí que esperaba noticias y después llamé a Sambor.

No contestó. Lo intenté de nuevo unos minutos más tarde. Esta vez escuché su voz y, de fondo, el suave sonido de unas herramientas metálicas.

—Estoy en el taller.

—La caja ya está en Gdansk.

—¿En las instalaciones del festival?

—Todavía no. El conductor está terminando de descargar otro pedido.

—Entonces no tengo nada que comprobar.

—Solo quería avisarte.

—De acuerdo. Avísame cuando esté allí.

—Puedes venir antes y esperar.

—No.

Respondió tan rápido que durante un instante no supe qué decir.

—¿No?

—Tengo trabajo acordado. No voy a quedarme sentado en un aparcamiento esperando un vehículo que nadie sabe localizar.

—No te estoy pidiendo que te quedes sentado en un aparcamiento. Se trata de que podamos reaccionar inmediatamente.

—Reaccionaré cuando sepamos ante qué tenemos que reaccionar.

Sentí aquella tensión tan familiar. Bastaba un breve «no» para que recordara a todas las personas que, durante las últimas horas, habían sido incapaces de tomar una decisión hasta que alguien les daba instrucciones precisas.

—No siempre se puede planificar todo -dije.

—Estoy de acuerdo. Por eso conviene saber qué podemos hacer cuando el plan deja de funcionar.

No respondí. Durante unos instantes solo escuché el leve sonido de unas herramientas al moverse.

—Estaré pendiente de tu llamada -añadió-. Suerte con el resto del festival.

Colgó antes de que pudiera preguntarle si aquello era su manera de desearme suerte o simplemente una forma de terminar la conversación.

A las cinco y media, la caja llegó por fin. El conductor la llevó personalmente hasta la entrada de servicio y yo comprobé las etiquetas y firmé la recepción. Pesaba más de lo que esperaba, tenía refuerzos metálicos y protecciones adicionales en las esquinas. En su interior estaban la esfera,

los elementos de fijación y un soporte especial para el transporte. Sin embargo, no había ningún documento que confirmara el estado del contenido, así que no quise abrirla sin Sambor.

Lo llamé.

—Ya está aquí.

—Voy para allá.

—¿Cuánto tardarás?

—Cuarenta minutos.

—¿No puedes venir más rápido?

—Puedo, pero no voy a conducir más deprisa solo porque tú tengas un programa apretado.

Cerré los ojos. En circunstancias normales habría respondido algo desagradable. Esta vez me contuve. Necesitaba sus conocimientos, no otra discusión.

—Cuarenta minutos -repetí-. Te esperaré junto a la entrada de servicio.

—De acuerdo.

Cuando terminamos la llamada, me quedé sola con la caja y la sensación de que ya no tenía nada más que hacer. Era una experiencia extraña. Durante la mayor parte del día había corrido de un puesto a otro, solucionando problemas y respondiendo preguntas. Ahora solo podía esperar. Me senté en un pequeño muro junto a la entrada y observé a la gente que cruzaba el patio.

Veinte minutos después me llamó Ola.

—¿Todo bien con el transporte?

—Ya está aquí.

—¿Y Sambor?

—Viene de camino.

—Bien. Lo vi trabajar esta mañana. Tiene buen ojo.

—También tiene una capacidad extraordinaria para decir que no.

Ola se rio.

—Quizá sea simplemente porque no trabaja para ti.

—Lo sé.

—No lo parecía.

Miré el teléfono como si fuera responsable de aquel comentario.

—¿Hoy todo el mundo tiene algo que decir sobre mí?

—Solo quienes te aprecian.

Colgó antes de que pudiera preguntarle si aquello pretendía ser un consuelo.

Sambor llegó treinta y ocho minutos después. No venía con prisas, pero tampoco perdía el tiempo. Llevaba la misma camisa oscura, aunque ahora tenía las mangas más remangadas y observé una pequeña mancha de grasa en uno de los puños. Llevaba una bolsa de herramientas no muy grande. Cuando me vio, inclinó ligeramente la cabeza.

—Enséñame la caja.

—Buenos días a ti también.

—Buenos días, Marlena.

Lo dijo con tanta seriedad que no pude evitar sonreír.

—Adelante. Aquí tienes tu envío tan esperado.

Rodeó la caja, comprobó los cierres y las etiquetas y después me pidió el documento de recepción. Lo leyó atentamente antes de decidirse a abrir los cierres de

seguridad. No hacía nada con prisas. Lo observé mientras revisaba cada elemento antes de moverlo siquiera unos centímetros.

—¿Puedes decirme qué estás comprobando? -pregunté.

—Si la caja ha sido abierta durante el transporte y si las protecciones siguen intactas.

—Parecen estarlo.

—Parecerlo y estarlo son dos cosas diferentes.

—¿Tienes respuesta para todo?

—No. Por eso compruebo las cosas.

Abrió la caja y retiró la primera capa de protección. La esfera estaba envuelta en un material suave y colocada dentro de una estructura hecha a medida. Sambor pasó los dedos por el borde, examinó la superficie a contraluz y después comprobó los elementos de fijación. Trabajaba en silencio. No era un silencio incómodo, sino uno en el que cada uno tenía su tarea. Yo le iba pasando los distintos componentes y él evaluaba su estado.

—Todo parece estar bien -dijo finalmente-. Pero necesito una mesa y buena iluminación.

—Me encargo.

—Y nadie más alrededor del puesto.

—Eso es más complicado.

—¿Por qué?

—Porque esto es un festival. La gente querrá ver lo que estamos haciendo.

—No durante el montaje.

Lo miré. No era descortés, pero tenía una determinación que no podía confundirse con falta de seguridad en sí

mismo. No intentaba convencerme de que sus normas fueran las únicas correctas. Simplemente no estaba dispuesto a abandonarlas porque alguien quisiera conseguir resultados más deprisa.

—De acuerdo. Te daré media hora sin público.

—Cuarenta minutos.

—Treinta y cinco.

—De acuerdo.

Lo miré sorprendida. Esperaba otra ronda de negociaciones.

—¿Así de sencillo?

—Hemos establecido las condiciones.

—¿No te gusta negociar por principio?

—Me gusta que los acuerdos tengan sentido.

Organicé una mesa, una lámpara y dos técnicos que ayudaron a trasladar la caja hasta la zona adecuada de la nave. Sambor indicó inmediatamente dónde debía colocarse y pidió que retiraran una de las sillas. Cuando todo estuvo preparado, se acercó a mí.

—Ya puedes volver a tus obligaciones.

—Este es mi puesto.

—Lo sé.

—Y quiero ver lo que haces.

Durante unos segundos me miró sin decir nada. Después se apartó ligeramente para dejarme espacio junto a la mesa.

—En ese caso, quédate. Pero no toques nada sin preguntar.

—Tengo treinta y tres años, Sambor. Sé mantener las manos quietas.

—No lo dudo. Pero prefiero no comprobarlo con un mecanismo antiguo.

Me reí suavemente. No esperaba que tuviera sentido del humor. Antes había confundido su tranquilidad con una especie de distancia. Ahora empezaba a descubrir que, bajo aquella reserva, había un hombre capaz de observar mucho más de lo que dejaba ver.

Durante la siguiente media hora observé su trabajo. La esfera estaba hecha de un metal claro, con números delicadamente grabados y agujas finas. Sambor me explicó su construcción, lo fácil que era dañar la superficie durante el montaje y por qué algunos componentes debían ajustarse a mano. No me hablaba como si tuviera que conocer todos los detalles técnicos. Me explicaba lo suficiente para que pudiera entender lo que estaba haciendo.

—¿Por qué elegiste la relojería? -pregunté.

No apartó la mirada del mecanismo.

—Porque me gusta saber por qué funcionan las cosas.

—Suena como una respuesta que también darías si te preguntara por tu vida.

—Puede ser.

—¿Y si no se consigue encontrar la causa?

Dejó la herramienta y me miró.

—Entonces hay que aceptar que no todo se puede reparar.

No sabía por qué aquella frase me había parecido más personal que todas las anteriores. No insistí. Tenía la